

El Porvenir

Semanario independiente.

Director: Don Antonio Calama Sanz.

Dirijase toda la correspondencia

al señor Administrador:

CALLE DE SAN PABLO, 29, PRAL.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Trimestre, una peseta.

Año, cuatro pesetas.

NÚMERO SUELTO, 10 CTS.

No se devuelven los originales.

SALUDO IBERO-AMERICANISMO NECROLÓGICA VITICULTURA PRACTICA

EL PORVENIR saluda a la prensa en general y en especial a la salmantina, sin tener en cuenta el matiz político de cada periódico: es un colega más que ha de tener presente los deberes que el compañerismo impone, no olvidando tampoco el respeto que merecen las ideas ajenas, cuando proceden de una buena intención y de una acrisolada conciencia.

También saluda al público, ofreciéndole estas modestas columnas para todo aquello que signifique progreso, cultura y moralidad.

Objeto y fin de "El Porvenir"

EL PORVENIR no es un periódico partidista que viene a defender los intereses políticos de un partido, sin tener en cuenta la calidad de las armas de combate; ni una revista literaria, donde podrá saborear el lector la pureza de estilo o la galanura de lenguaje. Es, sencillamente, un modesto semanario, dispuesto siempre a criticar todo aquello que crea pernicioso, proceda de quien proceda, y a rendir homenaje a todo lo bueno y meritorio.

EL PORVENIR, dentro de su modesto radio de acción, ha de velar por los intereses materiales y espirituales de esta provincia. Atento a la riqueza de nuestro suelo, donde vegetan plantas de casi todos los cultivos, publicará en todos sus números un artículo de agricultura práctica, alternando con alguno de técnica agrícola o de higiene pecuaria, procurando ocuparse de una operación propia de la época.

Atento al orden económico, publicará una reseña de precios de mercados y de cotizaciones de bolsa, con juicios sobre la probabilidad de alzas o bajas.

EL PORVENIR procurará ser útil a los intereses industriales y comerciales de la provincia.

Y, por último, no olvidará a los que trabajan en el campo, en la fábrica, en el taller o en las minas; ni a los funcionarios públicos que se vean motejados por los célebres diablillos llamados caciques.

Aunque no sea una revista literaria, no por eso ha de renunciar a publicar algunas crónicas y poesías, escritas por las personas que honran nuestra literatura, a fin de no hacer tampoco pesada nuestra labor.

LA REDACCIÓN.

La guerra actual ha de producir al lado de sus grandes horrores, enormes renovaciones en todos los órdenes de la vida de las naciones.

El intercambio rapidísimo de ideas, originado por el choque brusco de los pueblos más civilizados, la necesidad de prepararse para vivir después de la paz, el desgaste producido por la contienda, la especialización de industrias y otros muchos factores, mostrarán a cada nación la marcha que ha de seguir en lo sucesivo para poder desenvolver su existencia.

Los que antes parecía a los pueblos obra de muchos años, o acaso imposible, la guerra, con su impulso renovador y destructor a la vez, lo ha hecho obra de meses, y acaso de días, lo mismo renace un pueblo como el de Polonia, que se convierte un imperio en varias repúblicas que se confederan. La fuerza de la dinámica social durante el furor de la contienda es tan grande, que todo es hijo de la necesidad y del momento, sin que nada se resista.

De aquí que piense todo buen español lo que le conviene a España en el orden internacional cuando la guerra termine, y que miremos el problema Ibérico, para luego analizar el Ibero-americano.

Veamos nuestro mapa y recordemos nuestro esplendoroso pasado, no como el enfermo que mira su retrato para dejarse llevar al ver la diferencia de robustez, de un pesimismo amargo que puede ocasionarle la muerte, sino para ver lo que puede ser si atiende a su curación; porque un pueblo que tiene una riqueza espiritual tan grande, que creó veinte naciones, a las que dió su sangre, su cultura, su civilización, su idioma, no puede morir. España, dijo Profirio Díaz, es la madre de casi todo el continente americano; y sigue siendo porque las maternidades no prescriben.

España forma con Portugal la península Ibérica, separada del resto de Europa por la cordillera Pirinaica, que indica el principio de un pueblo perfectamente caracterizado, por sus ríos, sus valles, sus montañas, sus llanuras y sus costas. No hay nada geográficamente que justifique dos nacionalidades distintas en esta hermosa península, bañada por el Mediterráneo, mar de las civilizaciones antiguas, que nos pone en corta comunicación con los pueblos del mediodía de Europa, con Asia, con Oceanía, por medio del Canal de Suez y a pocas millas de Africa, con quien podríamos sostener un comercio lucrativo, si nuestra industria y nuestro suelo no estuvieran tan desatendidos. Bañada por el Atlántico, mar del comercio mundial, que nos coloca en mejor situación que ningún pueblo Europeo, para establecer comunicación directa con el Norte de América y con las naciones del centro y mediodía, por donde corre nuestra sangre, donde se habla nuestro idioma, y a donde marchan todos los años millares de españoles en busca de trabajo, que dejan aquí campos sin cultivar, pero que tienen que abandonar sus hogares, sus hijos o sus padres ancianos, para no volverlos a ver más, porque el Estado en vez de ayudarlos, los estruja y desampara. Y por último, por el Cantábrico, mar cantado por Maragall, que nos pone en corta comunicación con el Norte de Europa. ¿Porqué pues, no está España unida a Portugal? ¿Es que su raza, su idioma o su historia son distintas? ¿Es que estos pueblos partes de uno solo, viven mejor separados?

AUGUSTO PÉREZ COCA

(Continuad.)

El 29 de febrero de 1916, falleció en Cepeda un hombre de talento, modelo de laboriosidad y de honradez: el farmacéutico don Antonio Pérez Massón.

Fue su padre un heroico militar, don Fernando Pérez, que permaneció cuarenta años en servicio activo, sin una mancha en su hoja de servicios, y obteniendo en cambio infinidad de cruces, entre ellas la de San Hermenegildo y la laureada de San Fernando; y su madre doña Riquelma Massón, virtuosa señora perteneciente a una de las familias más ilustres de Santa Cruz de Tenerife.

El señor Pérez Massón, nació en la capital de Canarias, de donde lo trajeron sus padres a la edad de cinco años; estudió el Bachillerato en tres cursos en el colegio de Béjar que dirigió don Juan García Nieto, distinguiéndose por su aplicación y clara inteligencia, y pasó a la Universidad de Madrid a estudiar la carrera de Farmacia, que terminó a los veintidós años, después de haber sido uno de los mejores alumnos de su época, principalmente en la célebre clase del doctor Carracido.

Apesar de su espíritu moderno y libre y de su gran cultura, se sometió a la vida de Cepeda por acompañar a sus padres, que eran bastante ancianos.

Ejerció en dicho pueblo su profesión por espacio de treinta años, manteniéndose siempre por encima de todas las luchas políticas y caciquiles, y murió querido de todos cuantos le trataron a los cincuenta y un años, gozando de gran fama por sus profundos conocimientos y su acrisolada honradez.

Perteneció al grupo de esos hombres que deslizan su vida silenciosamente en el laboratorio y el despacho, en beneficio de la humanidad y de la ciencia, sin aspirar al logro personal: Vivió para los demás, no para él.

Republicano sincero e inquebrantable defendió siempre sus ideales, sin aspirar nunca a ningún cargo, manteniendo estrecha relación con los hombres de su partido que mostraron mayor abnegación y desinterés.

Tal es concepto que de él tenían formado sus correligionarios, que el gran Lozano dijo en su periódico *Las Dominicales*: «Dadme una veintena de hombres como Pérez Massón, y crédito abierto para emplearlos, y yo os transformaré en pocos años el mundo».

El señor Pérez Massón dejó en la sierra una estela de simpatías y de agradecimientos por sus buenas obras, que no se borrará con facilidad por la acción del tiempo. Descanse en paz quien dejó entre nosotros tan grata memoria.

¡Enfermos del estómago! Si queréis curar vuestros padecimientos, no toméis más medicación que las aguas embotelladas de la renombrada Fuente del Estómago, del Balneario de Calsadilla del Campo. De venta en todas las Farmacias.

Adaptación y afinidad.

Estos son a nuestro juicio los problemas más importantes que tienen que resolver nuestros labradores en la reconstitución de los viñedos destruidos por la filoxera.

¿Qué es la adaptación? La adaptación es la conexión íntima, la estrecha relación que existe o debe existir entre el suelo y la vid; si la armonía es perfecta, el equilibrio y por consiguiente el éxito de la plantación está asegurado; si deja que deesea por algún punto, ese equilibrio carece de estabilidad, y la plantación, herida en su esencia de un defecto originario, compromete su porvenir. Conocer esta relación, esta armonía, indagar los misteriosos lazos que los unen es resolver el problema de la adaptación; de hecho es precisar las facultades especiales en virtud de las cuales tal porta injerto vegeta admirablemente en un terreno, mientras que tal otro languidece y muere.

La adaptación no data de nuestros días es tan antigua como el cultivo de la vid; cuando nuestros padres, después de largas y numerosas experimentaciones llegaron a determinar, o sea a seleccionar, las variedades de vides que convenían mejor a nuestras laderas, a nuestros llanos, de las regiones septentrionales o del mediodía, no hacían otra cosa que adaptación.

La adaptación es, pues, la práctica, la determinación de la variedad de vides que convienen mejor, según la naturaleza del terreno.

Las antiguas vifas, hoy destruidas por la filoxera, se adaptaban a toda clase de terrenos, con raras excepciones, produciendo con el mínimum de esfuerzo y de abonos grandes rendimientos, siempre remuneradores.

Con las vifas americanas, que pertenecen a distintas especies, sucede casi siempre lo contrario. De ahí la imprescindible necesidad de conocer a fondo el área de adaptación de cada especie, y cuales de éstas son más convenientes dadas las condiciones de estructura y composición, a como de clima y exposición, de los distintos terrenos de las regiones vitícolas de España.

Nosotros entendemos que las variedades Franco-Americanas son las más convenientes, y de éstas, el Bourriqueton X Rupestris, número 93-5; el Aramón X Rupestris, Ganziñ, número 1, y el Mourviédro X Rupestris, número 1.202.

Dividiremos prácticamente los terrenos para la distribución y adaptación de las anteriores variedades en: terrenos calcáreos, bien sean húmedos o secos, y en terrenos secos y terrenos húmedos, no calcáreos.

Terrenos calcáreos: En estos terrenos que son los más propicios para el desarrollo de la filoxera, son variedades muy recomendables por sus condiciones de resistencia a la clorosis y a la sequia húmeda, respectivamente, el Bourriqueton X Rupestris, número 93 5, y Mourviédro X Rupestris, número 1.202.

Terrenos secos: El Bourrisquon X Rupestris 93-5, es la variedad ideal para estos terrenos por su magnífico vigor una vez injertada. En los climas cálidos de Argelia, el 93-5 produce resultados sorprendentes por su extremada resistencia a la pertinaz sequía de aquel país.

Terrenos húmedos: El Mourviedro X Rupestris 1202 y el Aramón X Rupestris, Ganán, núm. 1, son variedades de buenisimos resultados en estos terrenos.

Estas tres variedades resuelven en su totalidad el problema de la adaptación, advirtiendo que cualquiera de ellas, aún usada indistintamente en cualquier terreno, produce excelentes resultados.

Dónde se notan aún más las magnificas cualidades del 93-5: Aramón, 1 y 1202 es como porta injertos, resolviendo admirablemente el problema de la Afinidad entre el porta-injerto y la púa.

La Afinidad es la simpatía, la relación íntima que existe o debe existir entre el porta-injerto y la púa. La Afinidad, es la fuente donde mana el vigor, la fertilidad y la longevidad de las plantas.

Al principio de la reconstitución de los viñedos llamó muy poco la atención este problema, hasta que más tarde, cuando se reconocieron los efectos del injerto y la diferencia de vegetación que acusaban ciertas plantaciones, se dió al asunto toda la importancia que tenía.

En general, los híbridos Franco-Americanos son los mejores porta-injertos. Injertos estos híbridos de vid europea, no se produce en la soldadura rodete o excrecencia, mientras en los Americanos puros y Américo-Americanos se manifiesta claramente, produciendo un rápido desarrollo de la púa en detrimento del patrón, debido principalmente a la falta de afinidad de los híbridos Americanos puros y Américo-Americanos con las viníferas europeas, puesto que el injerto es una verdadera simbiosis entre dos seres que conservan cada uno su autonomía: esta asociación será perfecta si los protoplasmos de la púa y del porta injerto, son idénticos: si este parentesco protoplasmático no existe, esta asociación será defectuosa.

La afinidad de los híbridos Franco-Americanos, se comprende bien por tener el protoplasma de la savia de vinífera y los Américo-Americanos y Americanos puros carecen de esta cualidad. El mejor porta injerto será, pues, el que produce plantas que vegetan y se desarrollan como si fueran francos de pie. Cuanto más se acercan a este estado, mejor será su afinidad, y cuanto más se alejen, será peor. El engrosamiento paralelo del patrón con la púa del injerto, puede también ser un indicio de afinidad. La diferencia de engrosamiento produce el rodete o excrecencia, de que hablamos antes, en el punto de soldadura. Ya se sabe que este rodete con frecuencia muy abultado con la Riparia, es menos aparente en los Rupestris, el Berlandieri y sus híbridos americanos; y si no existe, se puede decir, en los híbridos franco-americanos.

He aquí explicado el por qué de las excelentes cualidades como porta-injertos de los híbridos franco americanos y especialmente del Mourviedro X Rupestris 1202, Aramón X Rupestris, G, núm. 1 y Bourrisquon X Rupestris, 93-5.

Para muebles de todas clases, de esmerada construcción y precios sin competencia, la casa Eiginio Gómez, San Pablo, 33 (frente a la Diputación).

BOLSA DE MADRID

El mercado bursátil se muestra poco animado, llegando hasta la pesadez, siendo pocas las variaciones que se han observado durante la semana en sus cotizaciones. Veremos cómo acoge la Bolsa el planteamiento de la crisis.

Los fondos del Estado denotan irregularidad, bajando el interior un cuarto en la partida, que se negocia a 77 y 76,90, y de 15 a 35 céntimos en la F y en la D, mientras ganan las demás 10 y 5, o repiten cambios; el exterior únicamente varía en la E, que retrocede cinco; el amortizable 4 por 100, está firme, avanzando 10 en todas las series cotizadas; el 5 por 100 antiguo, floja 25 en la F, y queda a 95,50 y 45, y de 15 a 35 en las intermedias; las carpetas a 93,70 y 75, en baja de cinco, y los Tesoros de la A, ganan 25 céntimos. El exterior se opera a la liquidación, a 86,30, y 4 por 100 amortizable en diferentes series de 86,50 a 86,10.

El Banco de España desciende medio duro de 508,50 a 508; Azucareras preferentes de 91 a 90; Tabacos, de 291 a 291,50; Duro Felguera, a 210; Río de la Plata, de 280 a 281, y Papeleras, a 146.

El cheque extranjero continúa flojo, por carecer de la suficiente contrapartida. Los francos se anotan a 71,75 85 y 72, y las libras a 19,58-56 y 54, cerrando en baja de 25 y 6 céntimos, respectivamente.

MERCADO DE MADRID

Cereales.—Respecto al trigo no puede decirse nada, puesto que en el mercado impera el precio de tasa. Cebada, se cotiza de 15 a 15,50 pesetas fanega; avena, de 11 a 12. Tendencia firme. Aceite, de 19 a 20 pesetas arroba.

Ganado vacuno.—Bueyes cebones, gallegos, de 2,65 a 2,72 pesetas kilo, canal; vacas ídem, de 2,46 a 2,59; toros cebados, de 2,65 a 2,74; terneras castellanias, finas, de 2,83 a 3,47; ídem, bastas, de 2,61 a 2,83; ídem, asturianas, de 2,61 a 3; gallegas, de 2,28 a 2,50; carneros, de 3,45 a 3,50; ovejas, de 3,15 a 3,25; corderos, de 3,45 a 3,50; ídem lechales, de 2,70 a 2,75; ganado de cerda, a 2,75.

A causa de la anormalidad en los transportes hay bastante escasez.

Pasando el rato Femeninas

¿Cómo deben ser y no ser las mujeres?

De fácil contestación no es la pregunta que encabeza estas líneas; lo que unos estiman como una virtud, juzganlo otros como defecto.

Pero es de suponer que todos nuestros lectores, y aun nuestras lectoras, encontrarán perfectamente razonables las siguientes analogías y semejanzas:

«Las mujeres deben ser como el sol, por que da vida; pero no deben ser como el sol, porque tiene manchas.»

«Deben parecerse a la luna, que es compañera inseparable de la tierra; pero no deben parecerse a la luna, por que tiene muchas caras.»

«Deben ser como los globos, que suben al cielo; pero no deben ser como los globos, porque cambian con harta facilidad de dirección.»

«Deben ser como las obleas, porque sirven para guardar secretos; pero no deben ser como las obleas, que andan en lenguas de todo el mundo.»

«Deben ser como el vidrio, que no encubre nada de lo que tiene dentro; pero no deben ser como el vidrio, por que es muy frágil.»

«Deben ser como los espejos, porque

dicen siempre las verdades; pero no deben ser como los espejos, porque no todas las verdades se pueden decir.»

«Deben ser como la arena, que es sutil y fría; pero no deben ser como la arena, que no puede servir de base a edificios durables.»

«Deben parecerse al vino, porque está lleno de espíritu; pero no deben parecerse al vino, que trastorna el juicio.»

«Y, por último, las mujeres deben todas leer este artículo, porque las da consejos; pero no deben leer este artículo, porque ¡van a poner al autor como «hoja de perejil!»

BARDOS MODERNOS

INSTANTES Y SIGLOS

—¡Qué cortas son las horas!—exclamaban dos amantes que juntos se encontraban, hablando del amor que se tenían; y viendo que las horas se pasaban, —¡qué cortas son las horas!—repetían.

II Ausente del galán, una doncella pálida y triste, candorosa y bella, recuerda sus palabras seductoras; y pensando ella en él y el mozo en ella, murmuraban:—¡Qué largas son las horas!

Es que en el falaz mundo en que vivimos, según sean las horas que pasamos, nos parecen instantes si gozamos, y se nos hacen siglos si sufrimos.

MIGUEL DE SAN ROMÁN.

EN EL ALMA

Murió una mujer de amor y anhelando conocer los misterios del querer, compró su cuerpo un doctor.

Era el de aquel ser inerte un caso, en verdad, tan raro, que aunque le pagó muy caro bendijo el doctor su suerte.

Y no con gozo cruel, pero si con gran contento en retirado aposento se encerró a solas con él.

Allí sin más dilación yendo a su objeto derecho alzó la tapa del pecho y extrajo su corazón.

Pudiendo ver asombrado contra lo que imaginaba, que el corazón se encontraba completamente atrofiado.

Esto le desconcertó, pues por la causa del mal un corazón colosal fue lo que encontrar pensó.

Más siguiendo infatigable por el camino emprendido hizo un estudio cumplido de suceso tan notable.

Y analizando con calma descubrió al fin el doctor que en la mujer el amor tiene su nido en el alma.

DIONISIO GÓMEZ REPISO.

YO, CAZADOR

Tuve un tiempo en que, aburrido de una manera espantosa, me hice, a falta de otra cosa, cazador empedernido.

La afición me seducía y era mi dicha completa, ¡no soltaba la escopeta de la mano en todo el día!

A vueltas con los trebejos y los avios de caza, con admirable cachaza esperaba a los conejos; y gustándome tal vida por ser con ella dichoso, sin descanso ni reposo me iba al campo de batida.

Mas confieso con franqueza que era muy poca mi maña, pues en toda la campaña pude matar una pieza.

Pero no creais, lectores, que era tan grande mi atraso. Vedlo en el siguiente caso que os cuento con pormenores: Un día en que, diligente, fuíme a caza decidido, llevaba por un descuido dos cartuchos solamente.

Después de hallar una pista, al cruzar una pradera salió de su madriguera un conejo ante mi vista.

Yo de prisa pretendí disparar, mas es lo raro que el conejo con descaro plantóse osado ante mí; y el burlón, a lo que infiero, parece que me decía:

—¡Lo que es de tu puntería no me asusto, compañero!— Yo, fiado de mi tino, tomé el arma con sosiego, y apuntando, grité luego:

—¡Lo asesino, lo asesino!— Tiro hacia el bicho en el acto y que lo hiero presumo, pero al disiparse el humo ¡me veo al conejo intacto!

Queriendo pagar con creces una burla semejante, dije: ¡Espérate un instante y tendrás lo que mereces!

Y confiando en mi acierto por creerme en caza ducho, puse el segundo cartucho y dí al animal por muerto.

Como, inmóvil, el indino en el sitio continuaba, dije, mientras apuntaba: —¡Lo asesino, lo asesino!—

Hago con mano certera el disparo decisivo... ¡y veo el conejo vivo sin un rasguño siquiera!

¡Oh, rabia! Le había errado aunque parezca mentira. Yo renegaba con ira del animal condenado.

Y en tanto, al pie de una rama, al mirar mi faz sañuda decía el bicho sin duda: —¡Vaya un cazador de fama!

Se burlaba al verse sano, y consenti su osadía porque entonces no tenía otros cartuchos a mano.

Esto, según imagino, le valió al conejo mucho, pues si tengo otro cartucho ¡lo asesino, lo asesino!

NARCISO ALONSO CORTÉS.

CUENTOS ESCOGIDOS

LA "CHIQUIYA"

O dejaba el molino el buen Josechu, aquella casita blanca oculta entre nogales y dormida el arrullo de las aguas de la presa al destrenzarse en hilos de cristal y chorros de plata, o tenía que vender la chiquiya, la ternera de piel lustrosa que soñó conservar para que diese leche y otros terneros.

El conflicto era de los que no se solventan sólo pensándolo. El recado del amo, aquel señorón de la ciudad, era apremiante; por San Miguel haría dos años que el arriendo estaba sin pagar, el molino traía pretendientes y se iba cansando de oír cada lunes y cada martes que pronto las cuentas quedarían arregladas. Esto es lo que, poco más o menos, leíase en aquella carta que Josechu recibió el día antes y que ¡vaya un aprieto en que le ponía!

La noche en que llegó el funesto papel, entre cucharada de berzas y bocado de borona, hablaron del asunto el marido y Mari-Antón, la excelente Mari-Antón, su mujer, que desde un alto caserío de la montaña viniera a hacer su nido de amor con aquel Josechu a quien conoció en Urquiola en una fiesta de San Antonio, gris y lluviosa.

En la conversación intervenía también, siempre a favor de la chota que en la cuadra estaba, José Chiqui, el hijo de los mo-

lineros, el que bautizó al animalillo, el que triscó con él en la pradera besada por el río, o en el matorral espeso donde la zarzamora y el rosál silvestre se enredaban.

Y después de deliberar mientras duró la cena, Josechu, hurafío y triste, con un dolor callado que se delataba en las facciones contraídas, en el gesto duro, en los ojos medio turbios, se levantó de la mesa diciendo, como quien pronuncia la definitiva sentencia de un juicio:

—Venderla habrá que hacer, pues...

Y se fué a la cuadra, a trabajar en ella, a revolver el lecho húmedo de la *Usúa* y la *Chiquiya*, la madre y la hija, a cubrirlo con paja fresca, a llenar los pesebres de heno recién cortado, oloroso, verde, entre el que se veía, como motas de color, margaritas blancas y pipirigallos rojos, las florecillas que Abril trajo a los campos...

Mientras Josechu iba de aquí para allá embrazando la hierba, triguerando la paja para que la menuda cayese entre las pezuñas de las bestias, quitando de la artesa del pesebre, con la áspera mano, los restos de la comida vieja, pensaba cariacoteco y medio alelado, ante la determinación que se imponía.

—Venderla no la vendería, ¡tan maja como está—y miraba cariñoso a la *Chiquiya*, que impaciente en espera del pienso, seguía con los ojos grandes, dulces, los movimientos del amo—venderla ¡por nada! pero el pedazo de castañal de Irritaz tiene ya una *poteca*, el invierno trajo lluvia abundante y al molino pocas cargas vienen... Por conservarla, hasta lo dejaría para siempre... Pero... ¿de qué comer, luego? el cuadro de berzas, el rincón de maíz no les faltaban allí en aquel hoyo oscuro sombreado por los árboles, donde venían a encauzarse, en brazo estrecho, todos los regatos y arroyos de la montaña...

Reflexionaba así, dando una palmada en el lomo a la *Usúa*, cogiendo de los cuernos nacientes a la *Chiquiya*, pugnando por marcharse y reteniéndose en el establo a impulsos de oculta e invencible fuerza, cuando oyó llorar a José Chiqui. Hipaba con acento dolorido, de desconcierto profundo... y llegó a él también, mezclándose con los sollozos infantiles, las voces amorosas de la madre queriendo consolar al hijo y aumentando, a su pesar, su pena, pues su habla parecía saturarse en lágrimas que no salían ¡ay! pero que por dentro moviase en desate de abundosa amargura...

Josechu comprendió lo que pasaba; José Chiqui rebelábase contra la decisión suprema. En el fondo todos hacían lo mismo, protestar contra aquel papel que les obligaba a desprenderse de la *Chiquiya*...

¡Cómo jugó su hijo—volvía a pensar Josechu sin dar forma a la idea con palabras—con la pobre ternera, cómo triscó con ella en el prado, cómo las primeras hierbas que comiera las cogió de las manos de José Chiqui, mojándole las palmas con su morro húmedo y reluciente, y cuál, cien noches, por entretenerse el muchacho y hacer rabiar a la *Chiquiya*, separó el hocico de ésta de la ubre de la madre y agarrando la teta se echó a los labios el rayo blanco y tibio de la leche hurtada así por un instante al gulusmeo de la cría!

¡Y cuántas, en el ordeño a la mansa *Usúa*, desvió del cántaro la blanca chorretada y roció con ella la carita peluda, suave, de la ternera, familiarizada con el chico hasta buscar su compañía y seguirle por todas partes!

Y aquellos juegos concluían; él había pensado en guardar la *Chiquiya* para casa, en tenerla hasta que la vejez le negara otros terneros, los nietos de la *Usúa*, que era en el hogar como sér que a él pertenecía. Ya había crecido bastante su hija, iba para los diez meses, y ¡Dios, vaya si estaba hermosa, redonda por el buen trato, fina y apretada de carnes...

José Chiqui se acercó a la puerta de la cuadra, queriendo ver sin mirar, con la esperanza de que la *Chiquiya* se quedase allí, para paecer la grama mojada de las márgenes del río que corría por el molino.

Tras el chico que lloriqueaba iba la madre, también con los ojos húmedos.

Junto a un montón de fiemo, Josechu miraba, sin apartar la vista en ellas fija a las vacas que hundían su morro en el heno, tilinteando los cencerros colgantes del cuello.

Alzó la cabeza y vió a su mujer y su hijo. Y lloró también, ya sin poderse contener, callado, con lloro dulce y caliente.

Lloraron los tres, y José Chiqui se agarró al pescuezo de la *Chiquiya*, acariciándola, besándola, mientras ella se regalaba con el frescor verde y tierno de las hierbas y florecillas del Abril primaveral.

No clareaba aún el alba; el amanecer abría a la luz entre nieblas que subían por los aires, posándose en las laderas de los montes, encapuzando sus cimas, y en medio del perfume de los campos, dormidos todavía bajo el peso de las ráfagas olorosas.

De allá, de la parte del molino, arrullado por el caer de la presa, del camino que empinándose y serpenteando subía hasta la carretera por entre hargomas y helechos, oíase desde ella más cercano cada vez, el sonar a compás y claro, dulce y como mustio, de dos cencerros de ganado.

Diríase, por lo calurosos, que sus vibraciones suenan en el silencio del crepúsculo naciente, que quienes los hacen tilintear cuando andan, se mueven con desgana, despacio, tristemente.

Son los cencerros de la *Usúa* y *Chiquiya* que hacia la ciudad van José Chiqui delante llevando del ronzal a la madre, la hija siguiéndola, y que al matadero se encaminan para dejar a la pobre ternera, la novilla mimada que abandona para siempre el abrigado establo y la paz verdeguante de la campaña abriñeña.

Ocho días pasó la familia de Josechu rebuscando, antes de entregarla al cuchillo del cortador, un dueño para la *Chiquiya*.

—Buena estaba, decían los caseros, pero ¡había sido tan malo el año!

No hubo otro remedio; en el matadero, por otra parte, pagaban más. El amo del molino mostrábase inexorable...

Y en aquel amanecer que presagiaba tintes de rosa y raudales de oro en el sol, salieron las vacas, las dos, para que fuese al cariño de su madre la *Chiquiya*, y con ellas José Chiqui, el pobre José Chiqui que tantas veces había metido sus dedos en el pelo reluciente, blanco con grandes manchas negras, de la ternera a la que, dentro de algunas horas no volvería a ver más.

Cuando salieron del molino en él quedaron, lloriqueando y pálidos, Josechu y Mari-Antón. El hijo, con sus trece años, que algo empezaba a vislumbrar de las negruras de la vida, disponíase dolorido y apenado a consumir el sacrificio a cambio de un montón de duros.

Cuando llegaron a la carretera clareaba ya. No se oía, perdido en la distancia, el mugir de la presa desbordándose en cascadas; el blancor del molino veíase, muy a lo lejos, asomándose a las ramas de los nogales y castaños en flor... La *Usúa*, mustia, con la cabeza caída, siguiendo al principio, sin esfuerzo al muchacho, parecía asombrarse de aquella ya larga caminata. Nunca, podría creerse que pensaba había ido tan lejos y ¡con sogal! ¿Cuándo se le ocurrió a ella escaparse, sino estar encharcada en el fango de la orilla del río, o tumbarse en el sesteo bajo los árboles, o a lo más subir un poco por el flanco de aquel monte a refocilarse entre el césped apretado y florido, húmedo y brillante?

No se acordaba, además, de haber salido tan temprano de la cuadra: no conocía aquellos sitios por donde iba; disgustábase aquel polvo de la carretera, algo apelmazado aún por la frescura de la noche... ¡Hum! Aquello no tenía trazas de nada bueno... Y tilinteaba en calma, como resistiéndose a moverse, y al pisar el camino real, saludó a la casa nativa con un mugido dulce, prolongado, que sonó en la penumbra del amanecer como la bienvenida a la luz, que destellaba en un rincón del oriente.

La *Chiquiya*, en cambio, marchaba jubilosa, extrañándose de cuanto veía, dando aquí una cabriola, allá un salto gracioso y ágil; cogiendo de las matas una rama de madreselvas o metiendo el morro, terso y como bruñido, entre las chirivitas y botones de oro de las lindes de la carretera. Unas veces se acercaba a su madre hociconeando entre la ubre caliente, otras quedábase a distancia ganando luego con una carrera, con mucho cencerreo y garbo, la distancia perdida. ¡Qué juventud, inexperta como es, no va alegre hasta la muerte!

Quien iba más muerto que vivo era el pobre José Chiqui. Con la aguijada en la mano, ceñudo, triste, andaba hacia la ciudad deseando no llegar nunca. Llevaba allí a la compañera de sus juegos, a aquella en que puso sus quereres de niño que camina a ser hombre. Solo en el molino, sin otros muchachos con quienes divertirse, en aquellas vacas que sacaba a pastar, a las que veía comer y halagarse, había puesto sus amores. ¡Y quitarle ahora una, la acariciada desde que nació, la que compartía con él saltos y brincos, la que hasta quería participar de aquel cuenco de leche que su madre le daba todas las mañanas! El chico hubiese querido patear, desesperarse, volver a la casa paterna... y en su impotencia, viendo que no le era posible hacer nada, frotábase con los puños los ojos y el llanto cálido, puro, empujado por el sentir virgen, presuroso, en tropel de lágrimas corría, corría...

Se sentó en un poyo de la carretera. Ya empezaba el picar agrídulo del sol. La *Usúa* continuó seria, grave, como si no estuviese tranquila hasta descifrar el misterio del viaje. Miraba con ojos resignados, tristes, donde se pintaba empujado y diminuto el horizonte, los árboles, las materias floridas... La *Chiquiya* se acercó al muchacho, dióle tres o cuatro lengüetazos, después saltó juguetona y siguió a la madre cuando los tres emprendieron la marcha.

Andando, andando, siempre por entre aquella vegetación que resucitaba, por entre el verde primaveral, donde pacían aquí y allá rebaños y reses sueltas, llegaron a la ciudad ya muy entrada la mañana.

Entonces fué el resistirse de las dos emboras. La madre no seguía a la sogá, bajaba la cabeza queriéndola meter entre las patas; afirmaba éstas en el suelo como empeñándose en no arrancarse de allí. La *Chiquiya* pegábase a la madre; como si tuviese el instinto del peligro, no se apartaba de ella. Sus ojos dulces, sus ojos calmosos, grandes, abiertos, iban del suelo, donde los fijaba, a José Chiqui, esforzándose en tirar y tirar para seguir hasta el matadero.

Ya llegaron. En dos o tres calles costaba gran trabajo, entre las risas de unos y las miradas de otros, poner en movimiento a la *Usúa*.

Se abrió una puerta de la que se escapó una tufarada de sangre fresca, palpitante. Allí dentro, de garfios lucientes, puntiagudos, colgaban despojos rojizos, una res medio descuartizada, con sus vetas crasosas, sus músculos encarnados y sus tejidos blancos como espuma. En el suelo, por donde corría agua sanguinolenta veíanse entrañas humeando y como si todavía alentarán.

José Chiqui se puso más pálido de lo que estaba; las lágrimas querían saltarsele...

Dos hombres con delantales sucios manchados de rojo y manguitos negros y sebáceos, el pecho al aire, enseñando las piernas bajo los arremangados pantalones, hablaron con el chico. Después con una cuerda sujetaron a la pobre *Chiquiya*. Pasáronsele por aquel morro chato, frío, como baboso, pero limpio; por encima del testuz, tocando los cuernecillos nacientes...

José Chiqui ya no vió nada. Tentado estuvo, débil y pequeño como era, de arrojarse sobre aquellos hombres membrudos que acosaban y empujaban a la ternera...

El cristal de sus ojos se veló y como entre brumas vió los saltos de la *Chiquiya*, resistiéndose a entrar tras aquella

puerta que tan mal olía, pegándose cada vez más a su madre, y a ésta que, inquieta, mugiendo, quería vencer los esfuerzos del muchacho, trabajoso porque no se escapara la vaca...

Por fin las separaron. Se oyó un *mud*, largo, suave, muy triste, como una despedida, un adiós tierno...

La *Usúa* contestó con otro también prolongado donde parecían vibrar todas las cuerdas del sentimiento maternal.

Iba a cerrarse la puerta del matadero; aún vió José Chiqui, allá, tras ella, a la infeliz *Chiquiya* marchando hacia el lugar de la muerte empujada por un mozo, arrastrándole otro. Todavía miró un instante aquellos sus ojos serenos y dulces, al volver ella la cabeza hacia la *Usúa* y el chico todavía columbró confusos, porque el agua de las lágrimas todo lo borra, aquellos colores blancos y negros y aquel pelaje fino y lustroso...

La madre no quería marcharse. Fijábase ante aquella puerta, pugnando por librarse de la sogá que la sugetaba.

José Chiqui, ya con el raudal del lloro franco y potente, queriendo huir de aquel lugar de matanza: —Aída—exclamó, clavando con furia la aguijada en el lomo de la *Usúa*.

Allá dentro un mugir apagado: acá por las calles, en el retorno triste al molino, otros desesperados, rajantes, como lamentos de un dolor muy grande y muy íntimo.

Así volvieron a su casa José Chiqui y la vaca.

El muchacho, por el camino alegre sembrado de sol y de flores, triste, pensando en la ternera que allá abajo quedaba para no verla nunca. Era todo su efecto, su amor de chico... pareciale que no volvería a jugar en su vida.

Así regresaron, acompañándose sólo de los desgarradores mugidos de la pobre *Usúa*.

Al oírlos, más de una vez creyó escuchar José Chiqui otros respondiéndoles y volvía la cabeza pensando que la *Chiquiya* venía corriendo hacia el molino, para conservar el cual daba la vida en el matadero...

HERMINIO MADINAVEITIA

Notas y sueltos

El día 7 del actual ha cesado en el cargo, que tan a satisfacción de todos y por espacio de más de seis años consecutivo, viniera desempeñando el inteligentísimo y docto jefe de esta sección de Telégrafos don Lucas Calama y Criado, padre de nuestro querido director Sr. Calama Sanz.

Hombre celosísimo y fiel cumplidor de su deber, bondadoso y cariñosísimo en extremo, no deja al abandonar su puesto oficial sino afectos entrañables entre personal que tuvo a sus órdenes y la satisfacción entre sus superiores de una actuación modelo.

Lamentamos como el que más, que imperativos de la ley en relación con su edad, nos prive de los insuperables servicios que al frente de su departamento aún pudiera prestar a Salamanca el señor Calama y Criado, ya que desgraciadamente no abundan en España empleados de tan relevantes y exquisitas cualidades.

Buena prueba de ello es que el Gobierno no se ha apresurado a concederle de Real Orden honores de jefe de Administración civil, libre de gastos, por lo que le felicitamos efusivamente.

El jueves pasado comenzó el examen por el Tribunal Supremo para su dictamen, de las actas electorales protestadas, que alcanzan la cifra de ciento cincuenta y seis.

Con estas, parece ser irá entre otras que no aparecen protestadas, la de Salamanca.

Ha regresado de Madrid, en unión de sus bellas hijas Petrita y Elisa, nuestro particular amigo el conocido industrial de esta plaza, don Higinio Gómez.

Imp. Salmanticense. Arroyo del Carmen, 11

Enfermos del estómago:

¿Queréis hacer bien las digestiones y curar vuestros padecimientos (acidas, vómitos, catarro gástrico, dolor y dilatación del estómago, úlcera gástrica, estreñimiento, etc., etc?)

Tomad las aguas embotelladas de la tan acreditada



FUENTE DEL ESTÓMAGO

DE CALZADILLA DEL CAMPO

Similares a las de Mondariz. La mejor agua de mesa.
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS
PEDIDLA EN TODOS LOS HOTELES
Depósito — Centro Farmacéutico Salmantino.

La Unión y El Fénix Español

COMPANÍA DE SEGUROS REUNIDOS

Capital social: 12.000.000 de pesetas efectivas. Completamente desembolsadas.—Agencias en todas las provincias de España, Francia, Portugal y en Marruecos.—56 años de existencia.—Seguros sobre la vida.—Seguros contra incendios.—Seguros de valores.—Seguros contra accidentes.

Subdirector en Salamanca: **Don Andrés Pérez-Cardenal.**

PLAZA DE LA LIBERTAD

BANCA-CAMBIO

HIJO DE FLORENCIO RODRÍGUEZ VEGA

CASA FUNDADA EN 1850 SALAMANCA PLAZA MAYOR, NÚM. 35

- Cuentas corrientes.
- Esta Casa abona en las Cuentas corrientes a la vista, el 2%, por 100 anual.
- A plazo, intereses convencionales.
- Compra y venta (en el día) de toda clase de Valores del Estado.
- Facilita giros sobre todas las plazas de España, Francia y República Argentina.
- Compra y venta de monedas y billetes de todas las Naciones.
- Descuento de letras y cupones

ALMACÉN DE MATERIALES DE CONSTRUCCIÓN

PABLO NUÑEZ

REPRESENTANTE DE LA FÁBRICA DE BALDOSINES HIDRAULICOS DE MANUEL MARIÑO, DE PLASENCIA

Cafés de Cáceres, yesos, azulejos, tomiza, cemento portland «El Cangrejo», cemento hidráulico, cañizo, Tubería de Gres y objetos de mármol artificial.

CALLE DE DON MARIANO ZÚÑIGA, 15



MUEBLES

Inmenso surtido en muebles de lujo de todas clases. Silleras, comedores, dormitorios, colgaduras, despachos y salones. Precios sin competencia

HIGINIO GÓMEZ * SAN PABLO, NÚMERO 33 (FRENTE A LA DIPUTACIÓN)

Droguería de Justo Bajo Avila



ALCOHOL desnaturalizado de 90 gra-
:: dos garantizados, marca **EL LEÓN**

El mejor para quemar! Solamente en botellas precintadas de un litro, a pesetas 1,25 (sin casco). De venta en Droguerías y Farmacias.

DEPOSITARIO

JUSTO BAJO AVILA

ALMACENES DE DROGAS, PERFUMERÍA, ETC., ETC.

SAN JUSTO, 2.-SALAMANCA

LA URBANA

COMPANÍA DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Domicilio social: Paris, Rue Le Peletier, 8 y 10.

Delegación general en España: Carrera de San Jerónimo, 11 y 13.—Madrid

Asegura contra el incendio, el rayo, la dinamita, las explosiones de gas y aparatos de vapor, etcétera, las fincas, cosechas, mercancías, mobiliarios, fábricas, talleres, etcétera.

Capital social (totalmente suscripto)	5.000.000 de francos.
Capital desembolsado	1.250.000
Activo de la Compañía	106.000.000

Agencias en todas las provincias de España.

Director en la provincia de Salamanca:

D. Luis Valls: P. de la Fuente, 21.—Salamanca.

Anuncio autorizado por la Comisaría general de Seguros, el 23 de Abril de 1913.

Para comprar una máquina

de escribir, le aconsejo y le conviene vea antes todas las marcas más conocidas que tenga a su alcance, y una vez bien enterado de las ventajas que le puedan reportar unas y otras y de sus precios correspondientes, escríbame pidiéndome detalles de la máquina de escribir

“Woodstock,”

que hace todo lo que una máquina de escribir pueda hacer con la mayor perfección, con la menor cantidad de ruido y esfuerzo, con mayor duración que ninguna otra y menor molestias de reparaciones, con un 20 por 100 menos de piezas que la máquina más simple conocida en el mercado mundial y un 50 por 100 menos de piezas que otras muchas.

Al contado y a plazos, de 25 pesetas al mes.

SANTOS. Salamanca

DISPONIBLE